

Desde la ventana

Desperté, me despedí de mis padres y me marché. Llegué a mi nueva casa. Me pareció algo fría y solitaria, pero eso no importaba, esta era mi nueva vida.

Era otoño. Un otoño monótono, nada entretenido. El aburrimiento me llevó a observar mi alrededor.

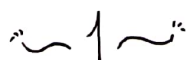
Posé mi mirada en una ventana. Era la del tercer piso del edificio de enfrente y ahí vivía una pareja de ancianos. Ella tenía el pelo canoso, casi completamente gris, y algo desbaratado. Su piel era pálida y arrugada. Él, que tendría algunos años menos, era alto respecto a la mujer, tenía una gran barba que recogía con una trenza que se tornaba blanquecina conforme bajabas la mirada hacia su pecho, que es hasta donde le llegaba.

Pasé unos días entreteniéndome con ellos. Resultó que la mujer era escritora, no muy reconocida, pero vi como una chica joven que iba por la calle le pedía una foto cuando la anciana volvía de comprar un lienzo. Su pareja era un gran artista, o esa es mi opinión desde que pude ver una de sus obras por la ventana. En el cuadro aparecía un esqueleto posado sobre unas telas, acompañado de dos gatos sin pelo. Era extraño, no había visto nada igual. Me gustó.

Sus caras ya se me hacían conocidas, cuando iba por la calle los identificaba fácilmente entre la multitud. No me acercaba mucho a ellos, no sabía qué pensarían de mí.

El hombre siempre tenía una sonrisa en su rostro. Nunca podrías verlo enfadarse, o al menos era difícil hacerlo. A veces lloraba. Todos lloramos. En esas ocasiones su mujer lo abrazaba, le preparaba un bol de palomitas y tenían largas charlas reconfortantes.

No me gusta estar solo. Lo detesto.



Llegó el invierno. Mi casa no estaba bien aislada, hacía frío y empecé a plantearme el mudarme a otro lugar algo más caluroso. Por desgracia la única fuente de diversión en mi insípida vida eran estos dos agradables sujetos.

Una tarde fui a comer a un restaurante con algunos viejos conocidos antes de que se fueran al sur. Fue agradable reencontrarme con ellos. Al volver a casa me encontré con la ventana vacía. Supuse que estaban de paseo o comprando algo.

No lo estaban.

Una semana después la pareja volvió a casa, pero no lo hizo sola. Estaban acompañados de tres adultos y dos niñas. Venían del hospital a juzgar por la apariencia demacrada del anciano. Se sentó en el sofá junto a la televisión y sus dos nietas se acurrucaron junto a él. Las mujeres de mediana edad eran las hijas de la pareja y una de ellas estaba casada con el hombre que traía unas maletas. Supe entonces que el matrimonio con las dos niñas y la tía se quedarían un tiempo en la casa.

Tenía que irme pronto pero esta familia me retenía aquí. Un día volvía de dar un paseo y vi que todos estaban decorando la casa, poniendo luces de colores y bolas brillantes. También tenían un árbol decorado. Reconocí que era un pino nada más verlo, pero era de plástico. No entendí por qué hacían eso pero parecían felices. Muy felices. Juntos.

Días después llegó el viento más helador que jamás había experimentado. Al principio me quedé en mi casa lo más calentito que pude, viendo cómo la familia reunida pasaba el invierno alegremente.

La noche calló y con ella vino la lluvia. En mi interior sabía que una terrible tormenta se acercaba. Decidí hacerle caso a mi instinto y prepararme para marchar por la mañana.

Al día siguiente quise despedirme de la familia, pero ya era tarde. La tormenta estaba aquí.

Muy a mi pesar tuve que irme sin si quiera poder verlos por última vez, pero el destino quiso que un fuerte viento me empujase contra una farola y me llevase hasta el alfeizar de la ventana de un tercero. Quedé herido y apenas podía moverme.

Un rato después, una de las niñas me vio y avisó a todos. La anciana abrió la ventana. Al verme se quedaron indecisos, no sabían si debían ayudarme o dejarme ahí. Dado que la tormenta estaba empeorando y ya se oían truenos cercanos, se decantaron por la primera opción. Me invitaron a entrar, me ofrecieron comida y bebida. Fueron muy amables conmigo.

Las niñas se dedicaron a acariciarme y darme de comer trocitos de galleta. La tía me pudo aliviar el dolor ya que, si no recuerdo mal, estaba estudiando algo relacionado con medicina. Los padres salieron de un dormitorio y traían una caja con ellos.

Pasaron un par de días. Empecé a notar mejoras en mi salud. La caja era incluso mejor que mi casa, más cómoda y calentita. Nunca imaginé que podría estar tan cerca de esta familia, pero pensé que no estaría así mucho tiempo. Pensé que se terminarían aburriendo de mí. Pero ocurrió todo lo contrario, me cogieron cariño. Llegó la noche en la que por fin había recuperado todas mis fuerzas. Después de una gran cena, todos se reunieron junto al árbol. Me miraron. Se miraron. Hablaron. Se acercaron a mí y el abuelo dijo:

-Has estado malito. Yo también. Sé lo que has tenido que sufrir, y es por eso que queremos que te quedes con nosotros. Te cuidaremos bien, pequeño- dijo con voz grabe y rasgada.

Oír esas palabras me alegró tanto que canté de la emoción. A la mañana siguiente me desperté, las niñas destaparon unos paquetes con juguetes dentro y después fuimos a comprar una jaula para mí. Era enorme y estaba repleta de alpiste y amor. No podría estar más agradecido.

Esta es mi nueva vida.

Y me encanta.